

Cristián Contreras Villarroel
Obispo de Melipilla

Su familia: abuelos, hijos y nietos
Encuentro Pastoral Familiar
Sábado 15 de octubre de 2022

Gratitudes

Es providencial que hoy me reúna, en Curacaví, con la querida pastoral para la Familia de la diócesis de Melipilla, en su IX Encuentro Diocesano de la Familia.

Veamos nuestro Chile

En Chile, hace años, ha sido frecuente el debate público acerca de la calidad de la educación. A todos nos preocupa sobremanera la formación académica, humana y de los valores morales que reciben niños y jóvenes en el país. La discusión se ha centrado en temas como las materias de estudio, la infraestructura y las subvenciones escolares, sin embargo, creo que se ha puesto poca atención a uno de los actores principales para lograr una buena educación: **la familia**.

El cardenal Francisco Javier Errázuriz lo planteó abiertamente en su homilía para el Te Deum, el 18 de septiembre de 2008, al preguntarse ***“¿Hay otra escuela de valores y actitudes más decisiva para la vida futura que la familia?”***. Y él mismo respondió argumentando que la familia es el bien más apreciado.

La familia es una comunidad de personas cuya última meta es dar plenitud en el amor, y donde el hombre y la mujer adquieren su lugar como esposos, padres, hijos, abuelos o parientes. Pero actualmente las dinámicas sociales más que fortalecer la familia y resguardarla como santuario de la vida, amenazan su estabilidad y poco contribuyen a que se desarrolle armónicamente. Esto más que ser una amenaza para los cristianos, ha de ser un enorme desafío en el que debemos ser luz en medio de las tinieblas.

La familia no tiene aliados

Todo se le exige a la familia; pero ella no tiene aliados. Basta ver el modo en que nos referimos a ella: la gestación de un niño se llama embarazo; cuando una mujer tiene al hijo, se dice: “se mejoró”. Los hijos son llamados “carga familiar”.

El Papa San Juan Pablo II, en primer viaje fuera de Italia, en Puebla de los Ángeles enero de 1979, dijo: “Se ha dicho, en forma bella y profunda, que nuestro Dios en su misterio más íntimo no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor. Este amor, en la Familia divina, es el Espíritu Santo”. Y recordó lo señalado en 1968 por los obispos en la Conferencia de Medellín: “para el bien de vuestros países, las familias deberían tener

siempre tres dimensiones: ser educadoras en la fe, formadora de personas, promotoras de desarrollo”. No desconoció los obstáculos para hacer efectiva estas dimensiones de la tarea de la familia, por lo que la atención pastoral a las familias debe ser una de las atenciones prioritarias de la Iglesia en el continente, como un elemento muy importante en la evangelización.

Esto plantea la necesidad de tener presente los “preámbulos vitales de la fe”, es decir, preguntémonos, por ejemplo, si la experiencia en el plano natural del papá ha sido negativa porque el papá fue autoritario, maltratador de la mamá, esa imagen será proyectada a Dios Padre y ciertamente distorsionará el verdadero rostro de Dios.

La familia y la transmisión de la fe

Los matrimonios están llamados a dar testimonio que su amor cimentado en Cristo persevera pese a los problemas y complejidades que enfrentan día a día. Mamás y papás que actúen con autoridad responsable, serán maestros para sus hijos, mostrándoles cómo la familia es el espacio propicio para crecer en valores como la acogida, la comprensión, la solidaridad y el respeto mutuo. En la familia aprendemos a decir la verdad y a no mentir, a ser generosos y no egoístas, a discernir el bien del mal.

En este contexto, los adultos mayores tienen mucho que enseñar. Hasta hace algunas décadas los abuelos eran parte esencial de la vida familiar; compartían la casa con sus hijos y nietos, y sus palabras eran escuchadas como fuente de sabiduría. Hoy, habitualmente más lejos del núcleo de la familia, los abuelos conservan esa sabiduría y están llamados a compartirla con las nuevas generaciones. Como nadie guardan historias llenas de riqueza que deben ser valoradas. A ellos, que dieron sus vidas por criarnos y educarnos, se les debe un gran cuidado y una especial atención. Ojalá podamos enriquecer nuestras vidas con los enormes tesoros que abuelos y abuelas llevan en sus corazones y que, no dudo, gustosos querrán compartir con quienes quieran escucharlos. Ellos han sido y siguen siendo grandes testigos y transmisores de la fe.